

*Señoras, señores, compañeros y amigos del Círculo de Escritores:*

Recibo con orgullo y emoción el Premio Guillermo Meneses, que me ha otorgado el Círculo de Escritores de Venezuela y por cuya concesión estaré eternamente agradecido a quienes me lo han acordado. Va ser el tercero que me es entregado a lo largo y ancho de mi ya larga y ancha vida, aunque no el tercero que podría aceptar, puesto que después de los dos primeros rechacé uno y otro me fue negado. El primero que se me dio fue en 1953, cuando apenas tenía yo trece años y ya soñaba activamente con esto de ser escritor. En aquel caso se trataba de versos rítmicos y métricos para la letra del Himno del Colegio Santiago de León de Caracas. Competimos varios adolescentes para que un jurado integrado por Rafael Vegas, Reina Rivas de Barrios y Antonio Lauro escogiera el texto al cual ese gran compositor venezolano que estaba en el jurado, cuya obra guitarrística ha recorrido el mundo entero, le pusiera música, razón por la cual los pobres alumnos del Colegio, desde entonces, han tenido que cantarla una vez por semana, al izar la bandera en el patio, bajo el sol. Como era inevitable, además de desafinar cada sábado, terminaron detestándome. Al año siguiente, es decir, a los catorce, gané otro premio con un ensayo dedicado a la Controversia con la Gran Bretaña por los límites entre Venezuela y la Guayana Inglesa. Los jurados fueron Isaac J. Pardo, Miguel Otero Silva y Elías Toro, y una especie de subproducto del premio fue el que a los quince publicara yo mi primer artículo de prensa en la cuarta página de **El Nacional**. Por supuesto, como todo niño prodigio, pronto caí en un doble eclipse, de luna y de sol, puesto que mi primera novela, *Los caballos de la cólera*, se publicó cuando yo acababa de cumplir los treinta y tres. Y a esa misma edad, unos meses más tarde, fui protagonista de un hecho insólito relacionado con un premio muy importante, cuando rechacé el Premio Barral, porque se pretendía que cambiara el texto de mi novela *La agonía del Macho Luna* para que no fuera vetada por la censura española. En esa oportunidad viajó a Caracas un importante emisario de la editorial organizadora del concurso a exigirme que alterara algunos fragmentos del texto pues la empresa no aceptaría que se premiara una novela que no podría circular en España y yo, con ese idealismo de los

escritores treintañeros, me negué rotundamente. Por último, en julio de 1989, cuando parecía un hecho que mi novela *Las alegres campanas de la muerte* era la ganadora del Premio Rómulo Gallegos, una maniobra originada en intrigas subalternas hizo que se me negara sin explicaciones. Ese había sido, letras más, letras menos, mi prontuario en relación a los premios hasta ahora. Si se me compara con Cervantes no quedo ni tan mal parado, pues el mayor escritor de nuestra lengua sólo recibió en su vida un premio literario, y bastante precario, por cierto, pues se trató de tres cucharas de plata que ganó en una justa poética en honor a San Jacinto, en Zaragoza, en mayo de 1595, el mismo mes y el mismo año en que en Caracas Alonso Andrea de Ledesma, peleó solo, sobre un jamelgo, con lanza y adarga y una armadura oxidada, contra un ejército de piratas ingleses, con lo que posiblemente inspiró a don Miguel, que estuvo poco después preso en Sevilla, el más hermoso y notable de los personajes de toda la novelística universal.

Hoy, pues, cuando me atrevo nada menos que a compararme en premios con Cervantes, parecería que están presentes Rafael Vegas, Antonio Lauro, Isaac J. Pardo, Miguel Otero Silva y Elías Toro, así como Reina Rivas, que acaba de enviudar porque por desgracia también se fue de estos cielos procelosos Armando Barrios, y están ausentes del todo los que quisieron que yo cometiera un acto de poca honestidad intelectual y los que maniobraron para que se le negara a mi novela un premio que bien podría haber ganado. Con esas magníficas presencias y ausencias, se renueva lo hermoso y se borra para siempre lo feo que, en relación a la obra de mi vida, se produjo en materia de premios.

Me resulta especialmente grato que el Premio que hoy recibo lleve al nombre de Guillermo Meneses, el Guillo Meneses a quien conocí no mucho después de haber recibido aquellos dos primeros premios y bastante antes de rechazar el que rechacé. Eso fue en 1959, cuando regresó de Europa y se alojó por unos días en la casa de su cuñada, Lya Imber de Coronil, cuya hija, María Elena Coronil, formaba parte, junto con María Antonia Frías, Beatriz Gerbasi, Antonio Padrón, Vicente Lecuna Torres, Alonso Palacios, otros cuantos y yo, de un grupo de intelectuales adolescentes, que en vez de

organizar fiestas, o picoteos, como se les decía entonces, nos reuníamos a hablar de arte y de literatura, a escuchar y hacer buena música, y a mantener la convicción de que en cosa de un par de años compondríamos el mundo. A los pocos días de la llegada del Guillo nos encontramos para conocerlo porque era uno de los ídolos de los que soñábamos con ser escritores, y formamos -ahora sí- una fiesta muy especial en la que María Antonia Frías tocó los valeses que los demás, con torpeza de osos mal entrenados y no sin cierta vergüenza libresca, bailamos para gran diversión del Guillo y de Sofía Imber. Desde entonces fueron muchas las oportunidades en las que conversamos en diversos sitios. En más de una ocasión nos encontramos en plena calle, cerca de la tipografía en donde se imprimía la revista *Cal*, y, por cierto, pienso que tenía ciertas dotes de adivino, pues en esos tiempos, hablo de 1961 ó 1962, yo escribía en secreto una novela que nunca se publicó, pero que, reescrita de memoria en Copenhague, se convirtió en *Los caballos de la cólera*, mi ópera prima que se publicó en Caracas en diciembre de 1972. Cuando digo que era en secreto es porque a nadie le hablaba de ella o de mis intenciones de ser novelista, y sin embargo el Guillo, cada vez que nos encontrábamos, me preguntaba que cuándo iba a dejar la condición de novelista clandestino. Supongo que mis rubores me delatarían, aunque nunca le dije que tenía razón, que soñaba con ser, como él, novelista, con ver en la portada de algún libro mi nombre, como entonces veía los de él, de Enrique Bernardo Núñez, de Arturo Uslar Pietri, de Rómulo Gallegos, de Antonia Palacios, de Julián Padrón y de otros narradores que admiraba abiertamente, tal como muchos de mis compañeros de edad admiraban a los peloteros o a los boxeadores, esos *Campeones* que Meneses había convertido en personajes de su propia realidad el mismo año en que yo nací. Esos encuentros se suspendieron en junio de 1964, cuando me fui a vivir en Buenos Aires. Mi ausencia duraría casi siete años, casi cuatro en Argentina y casi tres en Dinamarca, y un par de años después de mi regreso me convertí francamente en novelista con la publicación de *Los caballos de la cólera*, obra que en un encuentro como aquellos en la calle, pero ahora en la Plaza Bolívar, me comentó con sonrisa misteriosa que ya empezaba a mineralizarse. Le alegraba no haberse equivocado en

su intuición. Yo sí era novelista. Once novelas publicadas hasta ahora, una que está cercana a su publicación, y otra que está terminada, pero no lista, le han dado la razón. La última vez que lo vi, ya estaba duramente golpeado por el accidente cerebrovascular que mediante un proceso crudelísimo se lo llevó de la vida. Ese último encuentro fue, por cierto, en la Galería Banap, cuando quedaba en Sabana Grande y la dirigía mi prima Teresa Casanova.

Guillermo Meneses, que nació en diciembre de 1911, en Caracas, y murió en Porlamar en diciembre de 1978, fue uno de los más formidables narradores venezolanos. Su cuento *La mano junto al muro*, que ganó el concurso del diario **El Nacional** en 1951, ha sido para muchos jóvenes y no tan jóvenes cuentistas venezolanos el más perfecto de los modelos. *La Balandra "Isabel" llegó esta tarde*, que fue publicado por la revista *Élite* cuando su autor tenía apenas veintitrés años, fue después llevado al cine con éxito. *Campeones* le valió, a los veintiocho años de edad, un premio importante, cuyo jurado fue integrado por Arturo Uslar Pietri, Enrique Planchart y Pedro Sotillo, y *El falso cuaderno de Narciso Espejo* le procuró otro a los cuarenta y uno. En 1967 le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura por su obra narrativa. Pero, como ha ocurrido con todos los escritores venezolanos después de 1929, Meneses en realidad no recibió en vida el reconocimiento que merecía, y se convirtió en héroe póstumo gracias a que los estudiantes de letras y muchos lectores y escritores, en los años ochenta, descubrieron la calidad y la grandeza de su obra y hasta le han dedicado sesudos ensayos en los que le dicen todo lo bueno que no le dijeron mientras paseaba su mirada extraviada por los cielos de la vida. Y, sin embargo, aún no se le ha hecho justicia. Es fácil, pues, entender porque me siento tan honrado al recibir un premio que lleva su nombre, puesto que aunque yo haya hecho pasantías y vuelos rasantes por todos los géneros literarios, fundamentalmente me he dedicado a la narrativa, y con más precisión aún, a la novela. Y sobre esto hay algo que quiero decir, que debo decir, aun corriendo el riesgo de que los poetas, los cuentistas, los dramaturgos y los ensayistas me miren de lado y con gesto torcido: y es que los poetas son como orfebres, que hacen lindas joyas; los cuentistas y los

dramaturgos son como escultores, que hacen obras de piedra o de bronce para que las gentes las admiren en las plazas o en las avenidas; los ensayistas son como los arquitectos y los ingenieros que hacen casas y edificios para uso de familias y de grupos; pero los novelistas somos más bien como los urbanistas, que hacen ciudades enteras en donde hay casas y edificios, esculturas y joyas y, sobre todo, multitudes, trabajos, sufrimientos, goces y miles, millones de personas y de historias.

Guillermo Meneses fue un gran constructor de ciudades y de ambientes. Algunos de ellos han desaparecido por la lenta e imperceptible irresponsabilidad de los venezolanos de la era petrolera, y otros desaparecieron de repente, en diciembre de 1999, en uno de los días más tristes de la historia de Venezuela, pero todos quedarán para siempre en sus cuentos y novelas. Siento aquí, en este sitio y en este momento, su sonrisa un poco agria, sus palabras siempre dichas con mesura, su enorme capacidad de seguir siendo, de seguir existiendo a pesar de todo, y ello es en buena parte lo que me hace más importante este premio que recibo con orgullo y, sobre todo, con amor.

Muchas gracias.

*Caracas, marzo de 2000.*